Marta Traba, novelista

Si *Conversación al Sur* publicada en 1981 por Siglo XXI es la novela de la represión y la tortura, *En cualquier lugar,* terminada de escribir en Washington en abril de 1982, es la novela del exilio. Díptico que aborda los temas centrales de la década 1970-1980 en una América Latina poblada de regímenes militares, en estas dos novelas Marta Traba, nacida en Buenos Aires, Argentina, en 1928 [1], pero residente en Colombia durante diecisiete años, esclarece a través de su nítida composición las distorsiones acumuladas en torno a estos dos temas, tan dolorosos como conflictivos. Unas pocas palabras entonces, primero, sobre *Conversación al Sur* de la cual *En cualquier lugar* es, de algún modo, complemento independiente.

Conversación al Sur se nos presenta como una reflexión en torno al fenómeno de la censura. De la represión, en todos los órdenes, promovida por las dictaduras castrenses en el Cono Sur, vista en este caso concreto a través de sus efectos coercitivos en una voz humana. Una muchacha, Dolores, a la cual los torturadores en el Uruguay han llevado a abortar pateándola recupera su voz —y su pasado— conversando en una larga tarde con Irene, una actriz de teatro de cuarenta años que teme por el destino de su hijo en ese entoces, en Santiago, en los días que suceden a la caída de Allende en Chile. Este diálogo, al principio lleno de malentendidos, y abarcando un triángulo geográfico que comprende Montevideo, Buenos Aires y Santiago, es el que estructura las dos partes en que está dividida la novela. Un estremecido ir y venir de horror y angustia, mediante el cual se reconstruyen los itinerarios físicos y los lazos afectivos que unen ahora a estas dos mujeres.

Son ellas una muchacha miembro de un grupo subversivo, a la cual la libertad desorbitó, volviéndola provocadora y desafiante, y para la cual la derrota es ya la única forma de vida. Acorralada en su mudez animal, sólo se reconoce en la categoría de perdedora. Y una mujer madura, acostumbrada a seducir, más emotiva y burguesa que la otra, si todavía son lícitas tales denominaciones, pero consciente de que cualquier cosa es mejor que permanecer anclada en el limbo, y quien se enfrenta ahora

---

[1] Aun cuando Marta Traba comenzó publicando un libro de poemas, *Historia natural de la alegría* (1953), su labor como escritora se centró en dos áreas muy nítidas: la crítica de arte y la novelística. En la primera, se destacan *El museo vacío,* 1957; *La pintura en Colombia,* 1960; *La pintura nueva en Latinoamérica,* 1961; *Seis artistas contemporáneos,* 1963; *Los cuatro monstruos cardinales; Dos décadas vulnerables en las artes plásticas latinoamericanas,* 1950-1970, Siglo XXI, 1973; *Historia abierta del arte colombiano,* 1974, y *Arte latinoamericano: una guía,* manuscrito inédito que editará la Unión Panamericana en Washington. Redactó, además, varias monografías sobre artistas individuales —Beatriz González, Juan Antonio Roda, Feliza Bursztyn, Alejandro Obregón— y recopiló, en dos volúmenes, *Mirar en Caracas,* y *Mirar en Bogotá,* sus crónicas, reseñas de exposiciones y polémicas en estas dos ciudades. El Museo de Arte Moderno de Bogotá, que ella fundó y dirigió, en sus comienzos, prepara un volumen donde se recopilarán multitud de textos dispersos suyos. Para dicho volumen he escrito otro texto, «Marta Traba», que complementa éste, centrado sólo en sus dos últimas novelas, y desde otra perspectiva. La primera novela de Marta Traba, *Las ceremonias del verano,* apareció en 1966. A ella le siguieron *Los laberintos insolados, La jugada del sexto día,* y *Homérica Latina,* más un volumen de cuentos titulado *Paso así.* Marta Traba murió el 27 de noviembre de 1983, en compañía de su esposo, Angel Rama, en un accidente de aviación en Madrid, España.

a la encrucijada que le plantea su interlocutora. «Daba igual moverse que estarse quieto, vivo que estar muerto.»

Ante tal situación límite, su optimismo resulta escandaloso. Sobra advertir, además, que dicho optimismo se halla cuarteado por el miedo. No sólo la falta de noticias acerca de su hijo, sino también el recuerdo de ese rito circular que todas las semanas reiteran las madres de la Plaza de Mayo desfilando frente a la Casa Rosada para reclamar a sus esposos, hijos y nietos desaparecidos. Protesta que ella compartió y que ahora revive con espanto.

«A este límite hemos llegado, entonces, a pasar meses y años reclamando cuerpos como quien reclama maletas perdidas.»

«¿Qué se hace con los verdugos cuando se ha terminado con las víctimas?», se pregunta una de ellas y la respuesta es atroz: como una máquina que no puede desconectarse, ellos seguirán funcionando. Es aquí cuando el trazo parco y a la vez sugerente de la novela, su pudorosa economía verbal, se ve enfrentado a su mayor dificultad. ¿Cómo decir lo impensable? ¿Cómo volver físico —lenguaje, sonido, palabra— lo que el propio cuerpo rechaza en forma visceral? «Si imaginas de todo, lo peor, lo inverosímil, lo aberrante, te vas entrenando para la realidad. Creo que las cosas son soportables solamente si has sido capaz de imaginar algo peor.» ¿Pero se puede imaginar algo peor? ¿El sadismo no termina siendo algo monótono? ¿La crueldad no se congela en su reiteración helada? ¿El poder, o el mal, si se quiere, no terminan acaso por petrificarse, banalizados dentro de una uniformidad burocrática?

Asumiendo esta serie de desastres como el único espacio que le es propio —el espacio de unas vidas truncadas por una decisión que, si bien ha sido impuesta desde fuera de ellas también, por exceso o negligencia, contribuyeron a precipitar— sólo les queda aferrarse a esos simples gestos de sobrevivencia: hablar, conversar. En medio de tal desaliento, ellos logran proporcionarles un alivio momentáneo. En ese instante los golpes en la puerta anuncian, una vez más, la llegada de los cuerpos para-policiales encargados de la represión.

Un libro de esta índole, a la vez tan escueto y vehemente, hecho con tanta delicadeza y tanta rabia, no nos permite olvidar una tragedia de dimensiones tan amplias [2] erosionada, de una parte, por el olvido y la indiferencia, el olvido que quizás

---

[2] Gabriel García Márquez, en su discurso titulado «La soledad de América Latina», pronunciado en la Academia Sueca al recibir el Premio Nobel, 1982, dijo: «Los desaparecidos por motivo de la represión son casi 120.000, que es como si hoy no se supiera dónde están todos los habitantes de la ciudad de Upsala. Numerosas mujeres arrestadas dieron a luz en cárceles argentinas, pero aún se ignora el paradero y la identidad de sus hijos, que fueron dados en adopción clandestina o internados en orfanatos por las autoridades militares», agregando: «De Chile, país de tradiciones hospitalarias, han huido un millón de personas, el 10 por 100 de su población. El Uruguay, una nación minúscula de dos millones y medio de habitantes, que se consideraba como el país más civilizado del continente, ha perdido en el destierro a uno de cada cinco ciudadanos.» Concluía: «El país que se pudiera hacer con todos los exiliados y emigrados forzosos de América Latina tendría una población más numerosa que la de Noruega.»

Un informe, «Los desaparecidos en Latinoamérica», aparecido en el quincenario *Nuevo País*, junio 1984, año 2, núm. 46, Buenos Aires, da la cifra de 74.342 personas para Centro y Sur América. Para Argentina, en el período 1975-1983: 30.000. La comisión para el estudio de los desaparecidos, creada en la Argentina luego de su retorno a la democracia, en octubre de 1983, y presidida por el escritor Ernesto Sabato, ha

en algunos casos fue necesario para continuar, y por otra publicitada en ese show reivindicatorio y sensacionalista con el cual se pretende ahora, en vano, exorcizarla.

La catarsis de la tragedia se vive en público; en el discreto silencio —memoria y reconocimiento— que novelas como ésta vuelven compartible, en la medida misma en que la tortura no es más que el horror que hemos afrontado inermes, apenas con nuestro cuerpo, en medio de la más pavorosa soledad. Ante ella las causas ideológicas se vuelven remotas, o por lo menos obscenas en su retórica. Todo puede explicarse, parece decirnos esta novela en su complejo y, sin embargo, lineal intento de recuperar un lenguaje que ha sido castrado, pero en definitiva toda explicación sería injusta, por parcial. Su valiente honradez, sin embargo, consiste en comenzar a hablar a partir de la nada a la cual todo ha quedado reducido.

Julio Ortega insinuando lo que sería la literatura latinoamericana en la década del 80, señaló varios puntos que permiten situar mejor este aporte de Marta Traba. Dice Ortega: «En un mundo dominado por la burocracia y la represión de todo signo, esta escritura que desde el desgarramiento de la derrota rehace el habla del sentido, se propone una empresa más radical: el nuevo discurso de una sensibilidad política crítica y de una imaginación recusadora de todo sistema represor.

El desamparo, el malestar, la agonía, la zozobra, subraya su trabajo; pero, al mismo tiempo, la plenitud de los sentidos, la lucidez, el habla popular festiva, el humor carnavalesco, se inscriben con su energía en ese lugar del drama. Así retornan las palabras elementales, el cuerpo como centro, el amor como reafirmación, la muerte como ámbito; y el texto como primer espacio liberado para la comunicación genuina. De ese modo, este discurso busca restituir la dimensión plena de los hablantes en el diálogo. En la década que ahora empieza, las articulaciones de ese diálogo decidirán el rol del texto y su lectura, la dimensión de su nuevo sentido.»

En cualquier lugar

«El exilio revolvió todas las cosas y las desquició brutalmente; pero también las puso en claro.»

En esta novela que ahora se edita y sobre la cual Marta Traba, de seguro, cada vez más exigente con su trabajo de ficción, hubiera vuelto una y otra vez [3] se centra sobre un grupo de exiliados latinoamericanos en Europa, en los cuales es visible la persistencia de viejos conflictos, pero son perceptibles también, de modo mucho más notorio, las transformaciones que irán experimentando, debido quizás a que son ellos, en su gran mayoría, gente joven, entre veinte y treinta años. Son ellos, como en la novela anterior, los que hacen dudar a los viejos, o los congelan para siempre. Son ellos también los que reciben el influjo, letal o benéfico, de esas gentes con «experiencia».

---

comprobado ya entre 5.000 y 9.000 muertos, según el articulista de *L'Express,* Alain Besançon. Ver su artículo «La Argentina», aparecido en *La Nación,* domingo 1 de julio de 1984, pág. 11.

[3] En la última carta que recibí de MARTA TRABA, fechada en Washington en 1982, me decía, refiriéndose a *En cualquier lugar:* «Terminé la novela y la arrinconé cuidadosamente para que añeje a ver si acepta una lectura menos emotiva».

Grupo izquierdista que abarca, tanto a los militantes del partido comunista, como al radicalismo de los ultras, la novela, más que demorarse en lo que fue —«ni un solo movimiento para destapar las tumbas, ah eso no»— busca precisar las disyuntivas a las cuales se ven abocados, entre un país de origen cada día más remoto, en sus cambios, y una realidad, allí delante, que los reclama de continuo con sus demandas, obligándolos a elaborar respuestas propias. El exilio, en consecuencia, como forma de reafirmar la identidad, tanto propia como colectiva, o de perderla definitivamente.

Jóvenes empresarios, por ejemplo, que se adaptan con gran facilidad a las nuevas condiciones, enriqueciéndose con elasticidad capitalista; o desuetos líderes, de discurso altisonante, que remozan sus máscaras para trocarse en patéticos figurones de la izquierda en el exilio. Mezcla de sentimentalismo barato y nostalgia exacerbada; de culpas aún no asumidas y reacciones incoherentes, por su trasfondo aún no expuesto a la luz; de dependencias enfermizas y espejismos que desdoblan, esta novela, a través los cuatro capítulos que la integran, más una coda denominada «Las partidas», va desplegando esas cadenas de muertes y resurrecciones, tanto físicas como psíquicas, que se entrelazan unas con otras para concluir, al final, en un post-scrítum tan desolador como cierto: «El poder pasó de un militar o de un grupo de militares a otro con tanta frecuencia, que el país, finalmente, dejó de ser noticia. No interesaba a nadie.» Pero en realidad la mayor virtud de la novela es su capacidad para entrelazar dos planos de composición. El primero, le da el carácter de parábola, reducida a lo esencial. El segundo, refuerza este sentido, un tanto kafkiano, gracias a su capacidad para diagnosticar en cada uno de los personajes que allí aparecen, sus características propias. Que éstas, en algunos casos, sean harto esquemáticas no es culpa de la autora, sino de la mediocre parcela de la realidad que ellos delimitaron como única. La novela, en definitiva, conjugando estos dos niveles, no hace más que desmontar el estúpido mecanismo con que algunos, en otro país, en otro clima, con todas las referencias alteradas, intentan perpetuar esquemas que ya en su propio país, por rígidos, sólo contribuyeron a volver aún más brutal la masacre, en un obnubilamiento de parte y parte. Mientras más bombas, asaltos, secuestros y asesinatos hubiese, mayores refinamientos, en la ampliación de la lucha antisubversiva, era factible experimentar. Pero este telón de fondo (y he aquí un gran mérito de la novela: su distanciamiento), sólo lo percibinos en sus efectos retardados y todavía mortales.

Pluralidad de lecturas

Resumiéndola, la anécdota sería la siguiente: en un país del norte de Europa; en una deteriorada estación de tren, abandonada hace veintidós años, contingentes de exiliados argentinos, gente de izquierda casi toda ella dividida aún todavía en por lo menos seis grupúsculos, se amontonan en condiciones precarias. Son los años 80.

Reviven, por una parte, sus fantasías de barrio, de raviolis los domingos, fotos de Gardel y cancha de Vélez Sarfield, y repiten, con indiferencia casi mecánica, «su historia de detención habitual, tortura habitual y huida habitual». Asisten, además, al inexorable proceso mediante el cual su propio carácter, sus relaciones sentimentales y sus formas de participación política, se ven cuestionadas al máximo en medio de este aislamiento promiscuo.

Así, desde la óptica de Lucho Cruz, un joven activista, infatigable en su apostolado militante, vemos a las otras figuras de la trama: Vásquez, un lider sindical, ya mayor, quien lleva veinte años viviendo con su mujer, Mariana, y manteniendo, hace seis, un affaire semiclandestino, semiaceptado, con Ada, tan joven que bien podría ser su hija. Mariana, a su vez, implacable en sus juicios, arrogante y despreciativa, conocedora muy bien del oportunismo de Vásquez, sostiene una relación materno-succionadora con Ali, joven guerrillero marido de Flora, la mujer que en su país puso una bomba y creó su propio comando y quien al suicidarse ahora en el exilio actuará como primer detonante en la larga secuencia de crisis que llevara a todos si no a replantearse sus trayectorias, sí, por lo menos, a cambiar de disfraz. «Somos cuatro sobrevientes que lloramos a los muertos, pero nada nos parece más increíble que estar vivos», dice uno de de ellos y es este reconocimiento el que los afecta de modo más profundo.

Todos los fracasos, que de algún modo comparten, se irán distorsionando en medio de la irrealidad que empiezan a manejar como lo único cierto. Allí, en medio del «espantable desorden de esa marea humana» que es la estación se volverán, cada día, más fantasmagóricos. Hablan de cosas que ya no existen y viven mentiras que ni siquiera a ellos mismos engañan. Un pasado sembrado de aristas, un pasado espectacular, se irá convirtiendo, poco a poco, en un presente tan trivial como todos. La sangrienta historia de su país, que en un momento dado los hizo sentir héroes, capaces de cambiar el mundo y desfacer entuertos, muestra ahora su anverso de frustración y engaño. El alto costo, en vida y traumas, patentizado ahora en ese ghetto al cual se ven confinados. De ellos también podría decirse, como lo dice Alida Valli refiriéndose a Harry Lime, interpretado por Orson Welles en *El tercer hombre* (1949): no crecieron interiormente. El mundo fue el que creció alrededor suyo, y terminó por aplastarlos.

Pero si bien el incesante ir y venir de Luis, actuando como correo amoroso entre los diversos triángulos, o sirviendo de puente de enlace entre los variados grupúsculos, ya indiferenciados —«para él la patria se transportaba con la gente y estaba ahí donde siguiera la discusión y se armaran líos entre grupos y personas»— muestra el contraste con el otro polo que tensiona la novela, ese *afuera* representado por las tiendas del Este, donde muchachos de su misma edad pero radicales y ultras, venden carteras de cuero y comienzan a apoderarse, hippies resurrectos, de los negocios, revitalizando un área descaecida con su trabajo artesanal, otra historia, mucho más negra e inquietante, es la que produce la explosión que terminará por desquiciarlos.

Es la historia del sargento Torres, un torturador obsesionado por el orden, el cual huyó en compañía de Flora y Ali y ahora, paria entre parias, vive semiescondido en compañía de un perro negro. Ana Cruz, tipógrafa stalinista, madre de Lucho, ofrece una perspectiva inesperada para visualizar mejor a Flora y Ali. Ella habla de su habilidad para situarse, aprovechando cualquier coyuntura. ¿Se trata de rencillas entre facciones en pugna? Puede ser. El mérito de la novela consiste en no decirlo, y proponer otra lectura.

Ali, uno de los jefes del grupo armado, escapó, regreso permaneciendo en la clandestinidad, y volvió a salir, esta vez en compañía de su mujer y de Torres, el sargento que la había torturado y que ahora facilitó la fuga. Allí, en la figura de

Torres, se concentra entonces toda la vileza de estos episodios, y se halla la turbia clave moral que los preside.

Si bien Torres se decide a huir degradado por una tortura que fue más allá de lo previsto, ahora su dantesco castigo consiste en deambular como una sombra, buscando que aquella a quien vejó y muy posiblemente se unió a él, usándose mutuamente en la compartida abyección, lo vuelva a mirar, dándole razón de ser.

Para Flora Torres es invisible, aun cuando pase cada día por su ventana. Para Torres saber que Flora continúa ahí es imprescindible para subsistir. Al suicidarse Flora Torres deja de existir. Su existencia ha perdido todo sentido. Era el odio bloqueado de Flora, su capacidad para convertirlo en una simple ausencia, lo que lo mantenía vivo. Con lo cual se podría pensar, como nos lo ha recordado, no hace mucho, Liliana Cavani, en *Portero de noche* (1972), no sólo que las víctimas crean a los verdugos, sino que los prolongan y mantienen, hasta más allá de cualquier límite comprensible. Sólo al morir la víctima, y desaparecer todo rastro suyo, los verdugos se volatilizan.

El fusilamiento de Torres, por parte de los exiliados, parece confirmar estos datos, haciendo saltar por los aires tantas tensiones represadas. Y las ondas que irradia este suceso llegarán a repercutir incluso en el exterior. Por tales hechos —el hacer justicia con su propia mano— la oposición ataca al partido gobernante que les dio asilo, y lo obliga a demoler la estación, dispersándolos por todo el territorio en una nueva diáspora dentro de la diáspora. Ahora sólo resta efectuar el balance.

País de ficción

Vásquez, quien según su mujer no es más que un cacique de barrio y un demagogo incurable, ha intentado hacer de la estación una réplica de su país para allí repetir, en forma cada vez más paródica, el embeleso de cuadros, comités, miembros y directivas. Al suprimirse la estación quedará sólo un mundo desarticulado y grotesco. Pero también se advertirá mejor la crueldad y el ensañamiento a nivel personal, que rigen tales existencias. El exilio las ha acrecentado, en confusa amalgama, revelando además los profundos atavismos que las determinan. Vidas llenas de coartadas, pretextos y ocultamiento, de progresivo reblandecimiento ético, ¿cómo llegaron a este punto, en su caída, si antes su coraje era suicida y se jugaban, hora a hora, el todo por el todo? A responder esta pregunta la novela encamina sus mayores esfuerzos.

Si el primer capítulo, «El día de la muerte de Flora», dibuja a grandes rasgos el panorama general que hemos glosado, en el segundo, «La pieza», la visión se focaliza, concentrándose en Ali y Mariana, «investigadores que examinan hechos que les son extraños». Estos hechos son ellos mismos. Diseccionan su pasado, tan fragmentado como incoherente; y este presente, en el cual todos tratan de salvarse, a costa del otro. Mariana chupando la juventud de Ali, Ali sorbiendo la madurez de Mariana. Dentro de esta historia otra va emergiendo poco a poco; una historia tan normal y por ello mismo tan estremecedora como la del sargento Torres.

Es la historia de Flora: su relación con una madre dominante, la comprensiva rebeldía que tal hecho suscita, el vértigo alucinante de su participación en la guerrilla; su visita a la casa, ya estando en la cárcel, y en compañía de Torres, para asistir a un

cumpleaños; la desaparición sobre todo de su pequeña hija, y el conmovedor destino final de su madre, buscando infructuosamente a su nieta en Chile. Una historia terrible, pero no distinta de tantas otras. Una historia por la cual ella siempre culpará a Ali.

Así lo que Mariana y Ali se cuentan no sólo nos lo revela a ellos. También revela a los ausentes, y modifica todo el panorama. Mariana, al sentirse vieja, abandonada por Vásquez, comprenderá que ha llegado a un punto muerto. A partir de él recobra sus propios valores, valores convencionales si se quiere, pero suyos, por fin, y no impuestos. Regresa a su país a manejar un negocio de flores. Vásquez, por su parte, decide por fin irse a vivir con Ada. Al hacerlo, comprende, aterrado, que ya nunca volverá a su tierra. Que también es un hombre viejo. Como se ve, no se trata de seres de una pieza, sino de parejas que se deshacen luego de emociones y sufrimientos compartidos durante años. De proyectos que se cancelan, a los cuales habían dado lo mejor de sí, y de libertades imprevistas que arrasan con reglas y prejuicios dejando a la gente «libre hasta para matarse». Del lado de los jóvenes vemos, también, seres que ya desde los veinte años, o aún antes, han sabido, en carne propia, lo que significa la persecución y la mutilación mental y física, no teniendo perspectiva distinta que la política, y que sólo ahora, muy lejos del agobio enfebrecido y repentinista en que vivían, empiezan a percibir los cien distintos tonos de gris existentes entre el negro y el blanco.

Sólo que los casos particulares se insertan modificando, y a la vez siendo modificados por la comunidad en que conviven. En el tercer capítulo, «El desalojo», la tonalidad colectiva vuelve a primar sobre la exacerbadamente individual. 6.000 personas, hacinadas en la estación, en las construcciones aledañas, o reactivando el comercio en el centro de la ciudad, se unirán en un mitin para impedir el desalojo. «Apoteosis levantada sobre la nada»; será éste el momento de mayor gloria y de mayor ignominia en la carrera de Vásquez: palpó el fervor de la muchedumbre y no logró nada.

Gracias a tal momento de confrontación pública es factible medir la inutilidad de su prédica. Pero no sólo de la suya. También el rastrero sentido común de los jóvenes habilidosos, y «la tarea de hormiga, ingrata y sin término, que era la concientización de las masas», llevada a cabo por los viejos militantes. Así, por lo menos, lo entiende Luis, eje receptor de todos estos influjos, al comprender que ha sido utilizado por Vásquez y comprender, también, que ni la rapacidad y las ambiciones cortas son suficientes. Se necesita un poco de locura para ser un hombre de verdad.

Entre lo que definitivamente no pueden cambiar ni volverse otros, en una petrificación casi biológica y los que se diluyen del todo, asimilados por el nuevo estado de cosas, algunos de estos jóvenes sobre los cuales la novela se sostiene, sin decir mucho, padecerán no sólo la voluptuosidad de su propio dolor, la búsqueda infructuosa de chivos expiatorios y la avidez cada vez más compulsiva con que los mayores les vampirizan, sino, sobre todo, el ímpetu arrollador de la vida derrumbando sus previsiones, si las hay, y arrastrándolos, aturdidos en su poderosa marea renovadora. La culpa ya no es lícita. Sólo queda el futuro, que no existe. De allí emana una doble verdad: cómo es de olvidable un cuerpo muerto y cómo ese país donde se hallan «puede ser tan bueno como cualquier otro». En todo caso, mejor que el suyo,

donde la situación los había agarrado por la garganta, inmovilizándolos y obligándolos a tomar partido. A internarse en ese callejón sin salida, donde sólo el fuego de la violencia podía iluminar tanta confusión. Aquí, en cambio, nada los priva de ellos mismos: están solos, frente a un destino que les pertenece, por entero. Han quedado atrás las viejas letanías de la protesta. «No hay a quién ayudar, ni a quén acusar, ni de quién vengarse». No hay causas nobles ni falacias redentoras. Las utopías muestran por fin su verdadero rostro. El reverso que es todo paraíso impuesto a la fuerza. «Los campos de refugiados eran la misma cosa en cualquier parte del mundo: gente hacinada que come, duerme, defeca y espera.» Demolida la estación, Mariana volverá a su patria; Luis se irá a México, continuando su labor proselitista; Vásquez morirá, a los cinco años, y Ada creará, en su nombre, una fundación en pro de los derechos humanos. Hay allí, en el amargo rictus sardónico del post-scriptum, una como necesidad casi física de la autora por terminar con esa entelequia que es la estación: ese país real al cual alude la ficción. No sólo la tartufería mentirosa de que el fin justifica los medios y la verdad revolucionaria exonera de cualquier bajeza cometida en su nombre, sino, también, una voluntad de demolición que llega hasta lo grotesco como exorcismo compensador: los ultras considerarán que lo más provechoso del mitin fue el conocimiento que adquirieron sobre las letrinas portátiles que ahora, buenos pragmáticos [4], se proponen comercializar en la ciudad.

El neblinoso descontento

Tomar partido a favor de la vida. Ser libre, adquiriendo obligaciones. La novela, sin ningún moralismo, parece proponer estas opciones. Más allá, la obsesión suicida por el poder y la superficialidad emocional que tal lucha acarrea, más allá del vacío neurótico y la violencia institucionalizada, con sus heladas simetrías, de parte y parte, ella busca una autodeterminación genuina. Un retorno a lo elemental. Lo decisivo, de golpe, puede ser comprarse un vestido nuevo, o pasarse, de mano en mano, un libro de poemas de Auden.

Esto podría parecer infantil. En todo caso, es menos engañoso que creer que el país, gracias a ellos sería distinto de lo que había sido y seguiría siendo, reconstruyéndolo desde fuera y luego reinsertándolo en su lugar. El neblinoso descontento se ha trocado en una lívida certeza. Ante tanta muerte, cualquier hálito de vida se ha hecho decisivo.

Además ni la resignación de los que se quedaron adentro ni la presión internacional de los que están afuera lograrán, ellas solas, despojar a los asesinos de su poder. Estas dos fuerzas conjugadas, además de muchas otras, irán incidiendo en estructuras que también se desgastan, pero las cuales, de algún modo, perpetuamos al interiorizarlas en nuestras relaciones cotidianas. En nuestros hábitos ya inextirpables.

---

[4] VLADIMIR BUKOVSKY, en su libro *El dolor de la libertad,* dice: «El pragmatismo no es más que una denominación cortés de la falta de principios; por eso parece tan cómodo a primera vista. Los pragmáticos prosperan bajo todos los regímenes, convienen a todos los poderes, porque siempre dan apoyo a la fuerza, independientemente de lo que esta fuerza represente. Es precisamente por eso que los odian siempre, más incluso que a los verdugos. A éstos cuando llegue la hora, los llevarán a la horca; los pragmáticos, en cambio, sabrán salir bien librados». Editado por Emecé, Buenos Aires, 1983, pág. 209.

Finalmente, la novela reafirma su fe en lo femenino como posibilidad de reconstrucción, en contra del peso oprimente con que los hombres aquí descritos han deformado la vida de estas mujeres, inculcándolas su fanatismo. «De ese tránsito continuo entre la tierra firme y el barco a la deriva estaba hecho su equilibrio», se dice una de ellas, y son ellas las que romperán la marginalidad estéril con que sus compañeros las limitan a la estación, prolongando un sojuzgamiento secular. La dureza de Mariana y su habilidad para cortar lazos; la persistencia de Ana, la tipógrafa; la juventud de Alicia, la nueva compañera de Ali: todas ellas mostrarán con sus actos las patéticas limitaciones de los hombres, empeñados en su tarea de autodestrucción.

Varios de los temas de una novela como ésta han sido ya computarizados por las ciencias sociales. ¿Cuántos matrimonios, por ejemplo, de exiliados chilenos, argentinos o uruguayos, se han deshecho en México o Europa? Las cifras, de seguro, se saben, pero la vívida conciencia que un texto como éste nos da tiene la urgencia emotiva que ninguna estadística es capaz de reflejar. No nos refiere un caso: nos sumerje en un nudo inextricable de relaciones y problemas. Vuelve el asunto mucho más complejo.

Si el tiempo, impiadoso, empieza a darnos la sensación de que la década del 70 al 80 fue otra época infame, una más, en la historia de América Latina, esta novela, nada reivindicatoria, saca a la superficie muchas cosas que permanecían ocultas. Como lo ha dicho Simone de Beauvoir al final de la película *Simone de Beauvoir, por ella misma,* 1978: «Escribir embalsama el pasado, impide la corrupción, pero también lo deja un poco fijo, momificado.» Gracias a la novela, los hechos siguen vivos, allí delante nuestro. Gracias a ella también aparecen cancelados: tienen una fecha. Parábola y testimonio, al leer estas páginas, nuestra memoria las recrea, cambiando lugares y nombres, haciéndolos nuestros en cuanto que es un texto que nos concierne, pero deja, a su vez, intacta la forma gracias a la cual se plantea, con tanta lucidez y tanta perspicacia, esa situación básica: la del exilio. Por ello, he querido seguirla, con tanto detalle, usando sus propias palabras.

Pocas palabras, por cierto, pero siempre esenciales. Se podría aducir, además, que la generalidad de los exiliados no era así, que se trata de excepciones. Pero aquí radica el quid de la cuestión: para un novelista no hay generalidades, sino Flora, Torres, Vásquez o Ali. Sólo hay seres concretos, a la vez comprensibles e impenetrables. Humanos. Y ellos resultan excepcionales, no en la realidad de sus acciones, sino en la realidad de esa interacción que la escritura desvela poco a poco. Interacción con ellos mismos, con sus compañeros, con el mundo que tienen allí mismo, con el que dejaron atrás. Ni la historia, ni la sociología, ni la economía, ni la psicología, alcanzan a explicarlos. Son las palabras de la autora las que arrojan un poco de luz, un poco de sombra. Las que los rescatan, tal como fueron: débiles, contradictorios, cálidos, generosos, mezquinos, infames... «Toda mujer que escribe es una superviviente», dice Adrienne Rich, la poeta norteamericana en su libro de ensayos *Sobre mentiras, secretos y silencios* (1966-1978), y allí mismo, citando a Emily Dickinson, añade: «Di toda la verdad, pero dila sesgada. Es siempre lo que está bajo presión, en nosotras, especialmente bajo la presión del ocultamiento, lo que acaba explotando en poesía» [5].

---

[5] Editorial Icaria, Barcelona, 1983, pág. 190.

La sobria poesía, por ejemplo, de esta novela póstuma de Marta Traba, con la cual ella cierra su periplo creativo reconciliándose, a través de la comprensión y la ira, con el país en el cual nació. País de exiliados, sus padres, que ayudaron a conformarlo, debatiéndose, asimismo, entre la esperanza y la frustración, entre la nostalgia de la patria lejana y el resentimiento del criollo, que los veía como un invasor, entre la inmensidad de la Pampa y la soledad de Buenos Aires, y de esos otros exiliados, sus hijos, como fue ella misma, que fuera de él, y ya a nivel latinoamericano, intentan continuarlo. Un país donde la idolatría por la fuerza no sea la única respuesta a su frágil inseguridad. Ni el dogmatismo el único paliativo a su dolor. Un país no utópico, sino, por fin, real. Ese país, América Latina, que Marta Traba siempre tuvo como obsesión central de su importante tarea, tanto crítica como creativa.

JUAN GUSTAVO COBO BORDA
Cavero, 3 A, 18-24
BOGOTA (Colombia)

La aventura comprometida de Carlos Droguett

> «... Hugo Salvatierra, a quien mencionas, también te escribió reiteradamente, con el mismo precario resultado. Hugo estaba furioso, yo, por mi parte, confrontando experiencias. Entre paréntesis, debo decirte que Hugo sufrió una cantidad de torturas en el Estadio Nacional antes de ser enviado —cosa de año y medio de permanencia— al campo de concentración de Chacabuco, en pleno desierto; ahora mismo no sé si habrá vuelto a ser tomado preso y vuelto a ser torturado.»
>
> CARLOS DROGUETT
> «Carta del 1 de enero de 1976»

De todo hace ya mucho tiempo y muchas ganas de vivir, a Droguett también le sucede lo mismo y hay correspondencias entrecortadas que, sin embargo, nunca llegan a un punto muerto, porque a mí se me hace que la amistad no es nunca aburrimiento y pesadez y vino cada tarde, sobre todo porque la edad vuela por lados diferentes, sobre todo porque el respeto es un ingrediente imprescindible que puede sucumbir entre el colegueo y, además, porque distancias enormes, cuando ocurre el tiempo, se vuelven insignificantes y logran acercarnos un poquitito más cada día.

De todo hace ya mucho tiempo —nunca demasiado, simplemente el necesario— y una mañana mi amigo Hugo llegó a mi despachito de Recoletos con Carlos Droguett, del que yo había leído algunos cuentos publicados por Zig-Zag en Santiago de Chile. Y como no me gusta demasiado revolver papeles, creo que era alrededor del